NOTAS SOBRE LIBROS

✗

VICENTE BLASCO IBAÑEZ: LA VUELTA AL MUNDO DE UN NOVELISTA

—Ediciones Minerva, México.

Constituye un gran acierto el reeditar ahora la maravillosa descripción que escribió Blasco Ibáñez de su viaje alrededor del mundo. Viaje realizado a fines de 1923 y principios de 1924. Libro escrito cuando el famoso novelista frisaba en los sesenta años —pocos antes de morir en Mentón— y que, por el brío y colorido de la narración, pertenece a su mejor época de pintor de la Naturaleza. En aquellos últimos años de Blasco Ibáñez, su pluma se remoza con las ardientes batallas políticas contra la Monarquía española y en la evocación de los grandes personajes históricos de su patria, que reviven, con trazos novelescos, en la serie final de la producción blasquista, que se inicia con "El Papa del mar".

En cualquier momento, sería interesante la lectura del "Viaje". Blasco Ibáñez es, sin duda, el mejor narrador en lengua española, y casi podíamos afirmar que ningún otro contemporáneo le aventaja en el arte de la descripción. Sus ojos saben mirar el paisaje, impregnarse de su luz, sorprender el gesto del hombre, el detalle fugitivo. Su pluma extiende luego sobre las cuartillas la nota de color, com el pincel del pintor sobre el lienzo. En este impresionismo literario, el estilo del escritor valenciano tiene un vigor único.

Nadie mejor que él podía ofrecernos esos grandes cuadros de países exóticos, de horizontes maravillosos, de tierras cargadas de historia, de mares cargados de albas y de crepúsculos, de multitudes lejanas, de costumbres pintorescas, de cultos primitivos, de templos y ríos sagrados, de civilizaciones hundidas en desiertos o de islas florecientes a la vida del futuro. Su lectura sería en todo instante una fiesta para la imaginación del hombre sedentario.

Pero el libro de Blasco tiene, en el momento presente, sobre su interés literario y pictórico permanente, un interés actual. Los lugares descritos en esta obra son lugares donde ahora se libra la gran batalla del siglo. El novelista nos dice lo que era nuestro mundo antes de la guerra. Y ningún otro libro puede ofrecernos una imagen más bella y emotiva de la Geografía y de la Historia de pueblos que hoy crujen bajo las bombas y de mares donde ahora acecha la muerte.

Se inicia el periplo en Nueva York "la ciudad que venció a la noche", y el viajero, tras cruzar la "zanja entre dos océanos", recorre el Pacífico, con sus islas innumerables, testigos hoy de la traición nipona. Llega a las costas del Asia, se interna por la China y la India, y —por el canal de Suez— termina en las playas mediterráneas de la Costa Azul. Para los hombres de América, es de singular interés el gran escenario del Pacífico, que sirve a Blasco Ibáñez para trazar algunos de sus mejores cuadros.

El escritor, hombre de su tiempo, preocupado por el porvenir inmediato de la sociedad en que vive, medita sobre los grandes problemas humanos, políticos y sociales, mientras la pluma moja en su múltiple paleta el color de las maravillosas pinceladas. ¿Aquella paz edénica del "archipiélago del amor" se verá rota un día próximo por el estampido de las bombas? De los labios inmóviles de "la dulce Esfinge de Kamakura" recoge el viajero esta sentencia: "Vivid en paz, pobres siervos de la Dolencia, de la Vejez y de la Muerte. No aumentéis la miseria del mundo declarando precisa y eterna una divinidad fatal, inventada por vosotros: la Guerra".

Pero cuando Blasco Ibáñez abandona el Japón, preocupado por aquel enigmático hormiguero humano, que se ha incorporado al progreso mecánico, exclama: "¡Quién sabe si Magallanes, al dar el nombre de Pacífico al mayor de los Océanos, inventó, sin saberlo, la más cruel y sangrienta de las ironíts de la Historia!..."

No es posible leer hoy sin emoción las páginas que el gran novelista español dedica al pueblo filipino, y, sin apasionada expectación política, las demás descripciones sobre el continente asiático, donde ha de decidirse la paz de nuestras costas occidentales.

La genial intuición de Blasco Ibáñez se revela en las páginas finales del libro. Palabras proféticas: "Este viaje —escribe, ya en su retiro de Mentón— ha servido para hacerme ver que aún está lejos de morir el demonio de la guerra. He visto futuros campos de batalla: el Pacífico, la China, la India, ¿Quién sabe si Egipto y sus antiguos territorios ecuatoriales? Esos choques futuros puede ser que aún los presenciemos nosotros, y si nos libramos de tal angustia, los verán seguramente las próximas generaciones... ¡Tantas cosas que podían evitar los hombres si dedicasen a ello una buena voluntad!"

En estas líneas se encierra todo el secreto del interés actual del libro que comentamos, apasionante com un reportaje vivo de la misma guerra de hoy, pues es la descripción previa de sus campos de batalla, y nos presenta a sus

A.P.C.E.
SIG.: 1.2i/1526

futuros actores, coro innumerable de multitudes de todas las razas destinadas ya al sacrificio.

Constituye, pues, un gran acierto de Ediciones Minerva, de México, la publicación completa de esta obra —editada ahora en un gran volumen único de 730 páginas—. La belleza y magnificencia colorista del relato —el libro quedará como uno de los mejores entre los de viajes clásicos—, une al atractivo de conocer un mundo casi ignorado con sus costumbres y cultos, la dramática emoción del día de hoy, de la actualidad viva y sangrante, en la que se decide, en el estruendo de las batallas, nuestro propio destino.—**Lector.**

MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE BELGICA: BELGICA. RELATO OFICIAL DE LOS ACONTECIMIENTOS. 1939-40.—Trad. de Miguel A. Marín.—*Ediciones Minerva, México.*

Por segunda vez en poco más de veinticinco años, el 10 de mayo de 1940, las fuerzas alemanas invadieron el territorio belga. De todos es conocida la rapidez con que en esta ocasión lograron las tropas tudescas aplastar la resistencia opuesta por el valeroso ejército belga y cómo obligaron a éste a capitular tras diez y ocho días de lucha enconada en la que los defensores se encontraron siempre en situación de franca inferioridad.

La celeridad de los acontecimientos —y sobre todo la forma cómo se precipitaron en los últimos días— sorprendió al mundo hasta tal punto que para explicar aquéllos se difundieron multitud de versiones, fantásticas y erróneas en su mayor parte, versiones que este libro viene a desmentir o a aclarar, con el apoyo de documentos oficiales incontrovertibles, que forman la casi totalidad de los veintidós apéndices a él anexos.

La obra está dividida en cuatro partes: "Posición internacional de Bélgica con anterioridad al conflicto"; "Bélgica y el conflicto europeo"; "La agresión alemana"; y "La acción del ejército belga en defensa del territorio". Se exponen, pues, en el libro los antecedentes del ataque nazi y la forma en que éste se desarrolla.

Se desprende claramente del relato: 1) que después de haberse hecho patente el fracaso de la Sociedad de Naciones, el Gobierno y el pueblo belgas consideraron que la única política posible, en caso de un conflicto europeo, era para ellos la de mantener a todo trance la neutralidad de su país; 2) que una vez iniciada la guerra, y antes de la invasión de su territorio, cumplieron escrupulosamente —tal vez demasiado escrupulosamente— los deberes que las normas internacionales imponen a los neutrales; 3) que hicieron todos los esfuerzos a su alcance para estar en situación, en caso necesario, de defender—en la medida de lo posible—el respeto a su neutralidad y a su soberanía y de repeler cualquier ataque a ellas, viniera de donde viniera; 4) que el Gobierno belga tuvo, a partir de los comienzos de la guerra, indicios cada vez más vigorosos de que se estaba gestando una agresión alemana a pesar de lo cual, siguiendo hasta el extremo la política de neutralidad, no se adoptaron, antes del 10 de mayo de 1940, las medidas encaminadas a coordinar los esfuerzos del mando belga con los de las potencias que, junto con Alemania, habían garantizado a Bélgica la neutralidad de su territorio; 5) que la agresión alemana careció de toda justificación ética y política; y 6) que el ejército belga cumplió con su deber hasta el límite de sus posibilidades, y ello en condiciones de extremada inferioridad, frente a los invasores.

Los puntos 1), 2) y 5) eran evidentes para todo hombre de buena fe que hubiera seguido con no más que una mediana atención la política internacional de los últimos años; por lo que hace a los puntos 3) y 4), no eran conocidos plenamente por el natural secreto que envuelve los preparativos militares, aunque eran presumibles dados los acontecimientos del dominio público: en cuanto al punto 6), aunque era lógico suponer que así había ocurrido, dada la tradición militar de Bélgica, la confusión ocurrida por los informes arriba aludidos hacía necesaria una publicación seria y documentada que pusiera las cosas en su punto y sólo es de lamentar que queden sin recoger en el libro algunos datos interesantes, como los relativos a las declaraciones hechas en los primeros momentos por prominentes estadistas belgas acerca de la actitud del jefe de los ejércitos de aquel país. Es de suponer, no obstante, que en la segunda parte de este "Libro Gris", la publicación de la cual se anuncia en el prólogo, se aclaren esos hechos.

Acaso pudiera desprenderse de lo anterior, la idea equivocada de que el único interés que presenta la obra es la aclaración de los acontecimientos militares. Nada más lejos de la realidad. El volumen aparecido contiene una exposición excelente, aunque concisa, de la política internacional de Bélgica hasta 1940, y hace públicos documentos de gran importancia que, reunidos a otros ya conocidos, permiten dar entero crédito a las afirmaciones contenidas en la exposición.

Pero acaso lo más interesante de la publicación sea el hecho de que viene a corroborar, y ello sin habérselo propuesto los autores, una afirmación que se va imponiendo, cada vez con mayor claridad, a quienquiera que se tome la molestia de reflexionar sobre los acontecimientos y que, a pesar del empeño puesto por muchas personas en ocultarlo, es uno de los fenómenos fundamentales de la política internacional de nuestro siglo. Me refiero a la imposibilidad de mantener una política de neutralidad por mucha que sea la buena voluntad de quienes lo intenten, en un mundo cada día más interdependiente, siempre que algún vecino poderoso estime conveniente para sus intereses quebrantar aquélla. Bélgica hizo todos los esfuerzos compatibles con su dignidad para mantenerse al margen de la contienda. Los hizo, además, convencida de que no tenía nada que ganar ni con la existencia de una guerra europea ni, mucho menos, con su participación en ella. Favoreció y patrocinó, en muchos casos, todas las tentativas de arreglo pacífico hechas antes y después de verse claro el fracaso de la política de seguridad colectiva. En su empeño por practicar lealmente una política de neutralidad, dejó de adoptar medidas que hubieran podido tener eficacia como salvaguardia de su territorio y su soberanía. Y todo fué inútil. Como en el caso de Noruega, de Dinamarca, de Finlandia, de Holanda, ni sus esfuerzos, ni la ayuda de otras potencias, pudieron evitar la violación de su soberanía. Y ello viene a plantear una vez más el máximo interrogante que tiene hoy planteada la política universal: ¿es posible seguir manteniendo en el siglo XX el dogma de la soberanía nacional, o es imperativo pensar en nuevas formas de organización